

Antifinito

Jaime Ros Vicente

En los acontecimientos importantes del mundo suele llover. Según algunas teorías, aclamadas por científicos de bata blanca y gafas de pasta, llueve porque el acontecimiento es importante. Según otras, demostradas mediante la física no euclidiana, el acontecimiento es importante porque llueve. Realmente no es un asunto que merezca la pena discutir.

A la llovizna tormentosa del noroeste no le importaban esas cuestiones. Se estaba aburriendo. Reflexionaba acerca de su próximo rumbo, descender perezosamente hacia el Norte parecía seductor, aunque todavía contemplaba la posibilidad de convertirse en un ciclón huracanado y jugar a lanzar barcos por los aires en la bocana del puerto.

Entonces, un peculiar y brillante joven, rompió en pedazos la cristalera de colores de su madre en su afanosa persecución de un moscardón obeso particularmente molesto, un niño de tres años terminó de pegar el último macarrón en su cartulina de colores y un banco de estilo georgiano con un viejo extravagante sentado encima apareció en una esquina por una incongruencia paratemporal.

Satisfecha de que por fin hubiese ocurrido algo, la llovizna se marchó. No importaba que no fuese algo espectacular o ruidoso, era suficiente para distraerla de su aburrida reflexión. Además, acababa de recordar que aún tenía que regar unos jardines de tulipanes amarillos en Holanda, para alivio de todos los mercantes del puerto.

Estas tres personas ignoraban que sus acciones acaban de redefinir el mundo, o más bien, que el mundo había redefinido sus acciones. Bueno, todos no. El anciano lo sabía y se lo estaba contando a su bastón de marfil con puño de nácar, con la confianza que tienen los viejos amigos con mucho en común a sus espaldas, sin percatarse de que el bastón bostezaba discretamente.

El peculiar y brillante joven, llamado Dirk para más señas, soltó un taco nada peculiar, se envolvió la mano en un trapo y salió corriendo hacia el hospital, dejando la puerta abierta y la lámpara encendida. No estaba lejos y el corte tampoco era profundo, sin embargo, y él todavía no lo sabía, tardaría más en volver a casa de lo que imaginaba.

El viejo venerable decidió que debía moverse. No le quedaba mucho y necesitaba encontrar un heredero. Se ajustó la corbata inexistente que se le había arrugado y alargó un brazo en un gesto tan cuidadosamente preparado que pareció casual. También pareció casual que fuese el brazo que portaba el bastón, y no el otro, el que se estirase, aunque pudo deberse simplemente a una confusión disléxica, como le sucedía frecuentemente.

- Hoy no es mi día-pensó Dirk.- Definitivamente hoy no es mi día.

Justo antes de descender hacia el suelo de una manera poco elegante y nada refinada, tuvo la sensatez de preocuparse en estirar el brazo sano, pero con las prisas por aterrizar, no fue lo bastante rápido.

- Disculpe joven -dijo el anciano, sorprendiendo delicadamente a su bastón-. ¿A usted le gustan las matemáticas? Por qué a mí a su edad no me gustaban, pero eso cambió con el tiempo.

Dirk no sabía que pensar. De hecho, tras su encontronazo súbito con el suelo, dudaba de que pudiera siquiera pensar. Aunque, técnicamente, el dudar implica pensar. Pero cuando uno ha sido golpeado por un bastón delicadamente sorprendido, es normal que las facultades mentales acaben deterioradas por un breve lapso de tiempo.

-¿Se puede saber que hace ahí? - el anciano continuaba hablando, sin prestar atención al hecho de estar volviéndose translúcido.- ¿Estar tirado en el suelo le parece su meta en la vida?

En el estado de aturdimiento posterior, Dirk nunca llegó a saber por qué hizo lo que hizo. Es cierto que se podría explicar, pero cualquier cálculo razonable sería sólo una hipótesis imaginativa que probablemente no se acercaría a la verdad.

Lo que sí es cierto es que Dirk no se extrañó al ver que su interlocutor perdía definición en los márgenes. Tampoco se disculpó por haber tropezado con un bastón que no debía estar en su camino y que ahora silbaba melancólicamente un vals suizo, apoyado indolentemente en una esquina del banco de estilo georgiano. Ni siquiera insultó al anciano como habría sido lo normal en otras circunstancias.

En vez de eso, simplemente se levantó, revisó el precario vendaje de la mano y contestó muy educadamente a la pregunta del anciano con un no lacónico y apenas audible.

- No ¿qué? -preguntó el anciano-. ¿No es su meta?- continuó cada vez más irritado-. Obviamente que no lo es. ¿Qué clase de descerebrado puede tener un meta así? No esperaba respuesta, era simple retórica, claro. Para introducir el asunto que nos traemos entre manos.

Dirk estaba completa y absolutamente abrumado. No se esperaba un discurso semejante. No entendía que estaba pasando ni por qué un anciano irritado con un traje pasado de moda estaba hablándole de esa manera. A decir verdad, tampoco se esperaba encontrar un banco de estilo georgiano a la vuelta de la esquina. Con la lógica imperante en la conversación, sólo pudo hacer una cosa.

- ¿Qué asunto? - preguntó temiendo oír la respuesta.

Cuando viejos a todas luces locos y faltos de cariño, que además tienen la mala costumbre de desdibujarse en público y poseen bastones cantores ofrecen algo, suele ser un proyecto excéntrico y desequilibrado que requiere grandes sumas de dinero.

- Mire jovencito, no tengo tiempo para sus estupideces -continuó el anciano, ajeno a estas especulaciones-. Se trata de la Sucesión. Debería saberlo. Y cierre la boca de una vez, o su amigo, el moscardón obeso, hará turismo por su gazzate.

- ¿Sucesión? - dijo Dirk, aprovechando para cerrar la boca-. No sé nada de ninguna sucesión. ¿Y cómo sabe usted lo del moscardón gordo? Además, no es mi amigo.

- Hay que ver que tontos salen hoy en día. - dijo el anciano. Se dirigía al bastón, que lamentablemente, no le respondió por hallarse muy ocupado echando una siesta ligera.- Habrá que empezar desde el principio - continuó-. Y no sea maleducado, prefiere que le digan que tiene sobrepeso. No es que así este menos gordo, pero se siente mejor consigo mismo.

En su asombro, Dirk había vuelto a olvidarse de mantener las dos mandíbulas juntas y volvía a tener la boca abierta.

- Verá, debería empezar por el Principio, así en mayúscula, porque es el Principio de Todo y Nada, pero da la casualidad de que hace muy poco, un niño de tres años ha demostrado efectivamente que en algún lugar del Universo existe una cama. O algo parecido. Eso nos ahorra tiempo. El único problema es que probablemente mañana los macarrones se hayan despegado, pero si se da prisa, aún podrá verlo.

Llegado a este punto, Dirk una vez descartada la posibilidad de haberse vuelto loco desde que salió de su casa, creía que se trataba de un mal sueño. Sin embargo se pellizcó varias veces y no se despertaba, así que decidió esperar a ver en que terminaba todo aquello.

-Una vez solucionado lo de la cama- continuaba el viejo- podemos pasar al asunto del gigante. Si ya sé que es curioso, ¿para qué necesita una cama multisenoidal un gigante que duerme flotando en el Espacio? No lo sé, aunque tengo una teoría sobre ello. Pero bueno, por ahora basta saber que el gigante ha despertado, y eso significa dos cosas.

-¿Cuáles?- preguntó Dirk aprovechando la pausa para respirar del anciano. Todo podía ser un mal sueño, pero él no iba a dejar que lo dejaran al margen en sus propios sueños.

- La primera y menos importante, -el anciano no se dejó interrumpir- el Universo conocido entrará en una serie de paradojas relativas que podrían suponer su total destrucción. De hecho, es muy probable que así sea.

- ¿Y la segunda?

- La segunda es más delicada. Se acaba mi tiempo y he de entregar el Antifinito a su legítimo nuevo dueño.

El bastón aprovechó ese momento para desperezarse y moverse un poco a la izquierda, quedando al alcance de la mano del viejo.

- ¿Aceptas, Dirk Gently, -dijo el anciano con voz oficial - al Antifinito y juras utilizarlo sólo en tu beneficio y en el de nadie más?

- ¿Cómo sabe mi nombre? -Preguntó Dirk confuso- ¿Qué es un Antifinito? ¿Para qué sirve? ¿Es legal?

- Tomemos eso como un sí -repuso el viejo-. Toma- y diciendo esto, cogió el bastón y se lo entregó a Dirk-.

- Y ahora, ¿qué? -preguntó Dirk cogiendo el bastón, empezando a pensar que, definitivamente, si le había dado tiempo a volverse loco en el corto trayecto desde su casa.

No bien hubo dicho esto, el bastón cambió de forma. No es que pasase de ser de marfil a ser de acero templado, no. Se convirtió en una cacatúa con el penacho verde. Dirk estaba tan asombrado por este hecho que no notó que el viejo desaparecía. Si hubiera estado atento, hubiera dicho que se disolvía. Pareció que se fundiese con el entorno. Pero Dirk no se dio cuenta de esto.

Por eso se sobresaltó tanto cuando la voz que no venía de ninguna parte dijo:

- Vaya, que útil. Chaval, has tenido suerte. No sabes lo incómodo que era un bastón que hablaba. Lo único raro será cuando empieces a apoyarte en la cacatúa, pero si eres un poco inteligente, y lo serás, sabrás como evitar ese problema. Ahora que mi tiempo se está derivando, noto como el tuyo se integra. Las instrucciones deberían de estar en su cabeza, pero no te preocupes. Se leerá solo. Adiós, que tengas un buen servicio.

Dirk estaba patidifuso, asombrado y colérico. Todo a la vez. Y eso le provocaba un estado de confusión que tenía visos de convertirse en permanente.

Estaba patidifuso porque una voz procedente de la nada le hablaba. Asombrado porque la cacatúa se estaba quedando dormida en su hombro. Y colérico porque ¿qué derecho tenía nadie a hacerle eso? Él llevaba una vida normal, con preocupaciones normales como ir al hospital cuando le sangra la mano y ahora ¿qué tenía que hacer?

Además, lo último que dijo la voz le desquiciaba. Se habría desquiciado más si hubiera prestado atención a lo que estaba haciendo. Porque cambiar las ecuaciones de tu brazo para que deje de sangrar no es algo que se haga todos los días. Pero Dirk estaba tan preocupado por haberse dejado la puerta abierta y la luz encendida, que no prestó atención a una trivialidad como esa.

Así que volvió a casa, y por el camino comprobó que la composición macarrónica de un niño de tres años era, tal y como había dicho el anciano, la demostración última y tangible de que en algún rincón del Universo existía una cama. O algo parecido.

La tormenta lluviosa del noroeste estaba particularmente feliz. El antifinito había cambiado de manos. El proceso había sido menos traumático que de costumbre. Volvía a haber un guardián de lo matemáticamente correcto y lo probabilísticamente bello. Y los tulipanes de Holanda estaban esa noche particularmente amarillos.